

rupcion y á la materia? El pensarlo sólo sería una necesidad.

Se afanan unos hombres por poseer objetos que llenen los deseos corrompidos de su corazón; otros gastan parte de sus días en gozar del fruto de sus sudores, ó bien la economía de sus mayores sirve para convertirlos en otros tantos pródigos; sale el sol y se pone; concluye un mes y se sucede otro; espira un año y empieza otro, y todo el pensamiento del hombre se reduce á inventar nuevos placeres, á reunir amigos, á entablar diversiones; para esto no se perdonan vigiliias ni desasosiegos, se abren los cofres, se gastan sumas considerables, sin reparar en que se contraigan compromisos usurarios, ó se graven los caudales y se vaya formando un porvenir desgraciado para las familias; se dan espléndidos convites, suntuosos y deslumbradores saraos; se abren grandes espectáculos; se pone en acción cuanto ha introducido la ingeniosa vanidad; lo mímico, lo trágico, lo cómico, lo lírico, todo, señores, es llamado para dar animación á las diversiones públicas y privadas, para inflamar los ánimos juveniles, para avivar los de los hombres maduros, y para dar algún aliento al casi ya extinguido humor de los ancianos. Esto es innegable; el siglo actual participa su movimiento á la sociedad, y, como si estuviesen atacados los hombres de algún ardor febril, están siempre en agitación; la sociedad de hoy día no tiene un verdadero bienestar, porque no lo encuentra en la quietud, sino en la agitación: los pueblos que no están en guerra unos con otros, no saben disfrutar de la paz á lo filósofo y á lo cristiano, sino á lo gentil, á lo bacanal; su movimiento es de la tabla regalada al paseo dispendioso, de aquí al teatro, del teatro al baile, del sarao al lecho, de aquí nuevamente á pasatiempos, á visitas, á diversiones, siempre entre ansiedades, siempre faltando el tiempo para satisfacer este ardor que consume y devora

la sociedad de nuestra época nefasta. ¿Hay en esto un rastro de dicha y felicidad?

Seamos francos: sin contar lo que el hombre debe de apurarse para tener con que subvenir á tantos gastos como demanda la vida agitada de las diversiones de la época, basta meditar un poco en la naturaleza de estos pasatiempos; son deleznable y transitorios, y esto sólo es suficiente para que sean incapaces de hacer la felicidad del hombre. Trabajamos quizás muchos años para llegar á poseerlos, y cuando ellos empiezan á existir para nosotros, nosotros no existimos para ellos, los dejamos, y nos vamos á la vida eterna; ó bien quedamos para mucho tiempo en el mundo, y despues de habernos visto rodeados de todas las comodidades y nadado en placeres, nos abandonan, dejándonos como el desgraciado que es despojado instantáneamente por los foragidos, de los sudores y fatigas de muchos años.

Entrad por un momento en esos grandes depósitos de la mortalidad; leed las inscripciones que cubren las cenizas humanas, y vereis que no hay dicha alguna en las diversiones y placeres. ¡Ah, señores! En aquel recinto donde reinan la igualdad, el silencio y el terror, hay tantas cátedras de enseñanza cuantos son sus moradores. Apenas pisamos el umbral del reino de la muerte, empezamos á leer, descrita sobre mármoles, la historia de los desengaños de la vida. Entrad, pues, conmigo y leamos... Aquí yace... ¿quién, amados míos? un jóven de veinte años... ¡Qué desgracia! Cuando su desconsolada madre manifestó los primeros síntomas de maternidad, el júbilo y la alegría se apoderaron de los ánimos de una parentela numerosa; ántes que saliese á luz, le esperaban cunas de oro en que mecerse, ricos holanes en que fuera envuelto, nombres sonoros y antiguos, títulos y honores de cien abuelos; creció con gracia y hermosura, fué la delicia de unos padres venturosos, el encanto de su pa-



las diversiones mundanas son demasiado deleznales y transitorias para hacernos felices; ó ellas nos dejan, ó nosotros las abandonamos. ¿Puede acaso consistir en ellas nuestra felicidad? No, señores, no; porque además de hacernos traicion á cada paso faltándonos cuando las poseemos ó abandonándonos nosotros, tienen el déficit de no poder llenar lo suficiente nuestros deseos; porque éstos, que tienen su origen en el espíritu, no encuentran su satisfacción en la pura materia.

La leccion que nos da Jesucristo en las palabras del texto es propia del Maestro divino, de Aquel que ve lo más íntimo del corazón humano, con todas sus tendencias, con todas sus ideas. Oigámosla todavía una vez, y desenvolvamos cuanto tiene de misterioso é instructivo, para que no busquemos nuestra felicidad en los placeres, pues no existe en ellos sino nuestra ignominia.

Querer saciarse en la vileza de los alimentos propios de los animales inmundos era el último grado de infamia á que llegara aquel infeliz que pretendió pasar una vida licenciosa y divertida. Esto no es extraño; lo que sorprende, lo que apenas puede concebirse, es que nadie proporcionaba al desdichado los medios de hartura. ¿Es posible? ¿Qué...! ¿No es el hombre un sér libre que puede arrojar en el seno de la inmundicia, y revolcarse en ella como un sér privado de razon? Sí lo es, amados míos; pero el mayor dote que tenemos es la libertad natural que Dios nos dió para que, segun el uso que hagamos de ella, merezcamos la vida ó la muerte eternas. Pero entre tanto, entendamos bien que jamás encontraremos la dicha en los placeres, porque esto no está á nuestro alcance. Por más que el alma humana abuse de su libertad, nunca puede hartarse en sus excesos; si no, ¿por qué los cínicos de la última filosofía exprimieron en sus obras aquellos deseos tan degradantes de la razon humana? Vergüenza me causa el decirlo, pero es necesario, para que

comprendan todos que no hay dicha en los placeres. Deseaban aquellos hombres ser de la naturaleza de los irracionales, porque, por más que refinasen sus bacanales, no llegaban al último grado de la satisfacción que buscaban. ¿Sabeis por qué? Porque por más que el hombre quiera vivir como un bruto, sin pensar más que en diversiones y placeres, no le es posible desprenderse de su conciencia, de ese juez molesto que está agujoneando al hombre sin cesar, que le hace reflexionar sobre sus propios caminos, que le dice cuando busca placeres: «Tu dicha no está ahí.» Porque el hombre puede llegar con sus deseos á lo más vil é infame; pero apenas ha llegado á ejecutarlos, el alma se acordará de la nobleza de su origen, de su naturaleza espiritual, de sus destinos en el porvenir, y rechazará la sensualidad con noble desden, llorando en seguida su degradacion y la pérdida á que se expone de los placeres eternos de la gloria.

Hé aquí, amados míos, la razon esencial por qué el hombre no encuentra en los placeres la dicha que pretende. ¡Ah! ¡Y pluguiese al cielo que en su lugar no hallase la infamia y la desventura! ¡Cuántos infelices han bajado prematuramente al sepulcro, llevando á su lóbrega mansion la librea del crimen y los caracteres infames de su ídolo! ¡En cuántos se cumple la sentencia terrible del Espíritu Santo, que conmina con la podre á los mismos huesos de los que cometen excesos dignos de confusion! ¡Jonataes infelices, que por haber gustado un poco miel son condenados á una muerte mucho más cruel y acerba que la que iba á sufrir aquel desventurado hijo por una desobediencia involuntaria! ¡Miseros cautivos que, desterrados en la Babilonia del mundo, en vez de sentarse cerca de la corriente de su rio, se precipitan en él, como dice admirablemente San Agustin, se sumergen y dejan llevar del torrente de la vanidad y de los placeres, aunque al fin perezcan tristemente!



Raciocinemos, pues, señores: no es justo que fijemos nuestro amor en una tierra que devora á sus hijos. No seamos como los que tienen fija su vivienda junto á las deliciosas vertientes del Vesubio, que, enamorados de sus frondosos arbustos y de la fertilidad de sus tierras, viven sin zozobra, no pensando que á corta distancia hay estanques de azufre, y de fuego, y de betun, que han de salir en la primera conmocion y los envolverán entre furiosas lavas. No seamos como esos animales amigos del hombre que van delante del cazador levantando la tímida liebre para alcanzarla á fuerza de corridas y llevarla luégo al hombre, contentándose ellos con haberla olfateado, sin poder disfrutar de sus fatigas y sudores. Las diversiones y los placeres son fugaces como las corrientes de las aguas, y no es justo ni racional que corramos tras de un objeto que no podemos poseer; somos inmortales: no amemos, pues, lo temporal y transitorio; tenemos una nobleza innata, una oriundez divina, una naturaleza espiritual; no busquemos nuestra dicha en la infamia, en la materia, puesto que por más que la busquemos, nadie podrá suministrarnos los medios suficientes para encontrar satisfaccion y hartura. *Cupiebat saturare*, etc.

¡Oh! Si tuviera yo aquel espíritu de Daniel, aquella fuerza de palabra y de accion que lo caracterizaba, desmenuzaria ahora mismo esas estátuas idólatras que el mundo adora, las riquezas, los honores, los placeres, que son los tres grandes puntales que sostienen el edificio mundano, y ante los cuales se postran los hombres para adorarlos. Despues de haberos demostrado que ninguno de estos objetos puede beatificarnos; despues de haber desmoronado el edificio de la avaricia, de la vanidad y de la lujuria, os enseñaria sus ruinas, y os diria con aquel Profeta: *Ecce quem colebatis*. Mirad si merece vuestras adoraciones ese oro que habeis ganado con tan-

tas fatigas, que conservais con tanta zozobra, y que os ha creado tantos émulos. Mirad si debeis postraros ante esa vanidad, ante esos honores mundanos, que tienen por cimientto el polvo. Mirad si los placeres y las diversiones pueden inclinar el ánimo de un sér tan noble como vosotros sois por naturaleza: *Ecce quem colebatis*, etc. Ricos con los tesoros de la gracia, nobles y grandes con la adopcion divina, felices y dichosos con la amistad de Dios, no debeis conmutar estas grandezas por la herrumbre de la tierra, por las vanidades del siglo, ni por los placeres de la carne: *Ecce quem colebatis*.

¡Oh, Dios de amor! Tú, que por enseñarnos el camino de la verdadera felicidad humillaste la inmensidad de tu gloria, á la pequeñez de nuestra naturaleza; Tú, que huiste de los aplausos mundanos y de las dignidades terrenas, no obstante que no cabian en Tí ni la ambicion ni la vanagloria; Tú, que fuiste nuestro modelo y nos enseñaste con tu ejemplo á huir de las diversiones mundanas, dignate, Señor, inspirarnos un santo horror á cuanto es nocivo á nuestra eterna dicha y contrario á tu bondad inmensa. Dadnos vuestra gracia para que, usando de los bienes que nos reparte tu clementísima mano con la moderacion cristiana, no aventuremos los bienes eternos, que preparas para los que te temen y aman en la gloria. Amen.



rentela y la admiracion de la sociedad. Llegábase el momento de entrar en un completo goce de todas las grandezas humanas; se le habian preparado palacios suntuosos en que habitar, grandes destinos y consideraciones sociales; corria en la arena de esta vida acompañado de cuanto podia hacerlo feliz, y... ¡triste suerte del hombre! en medio de su movimiento encontró una puerta que la muerte abriera ante sus pasos, y entró por ella. Esta puerta era la de la eternidad. Él emigró á ese gran reino, y dejó en el mundo riquezas, honores, placeres y glorias. Sigamos. Allí está sepultado... ¡Ah! Era éste un hombre de grandes talentos; llegó á una edad madura, habiendo empleado lo más florido de su edad en labrarse una fortuna colosal; vivió entre mil privaciones; era su habitacion una estrecha y lóbrega morada sepulcral; no quiso presentarse á la sociedad hasta no poder ostentar con brillo cuanto habia adquirido con su industria y saber; llegó el dia por fin en que conmutó la triste buhardilla por el palacio de alabastro; pero tuvo un émulo; éste sobornó á hombres rateros, que se apoderaron violentamente de los cofres y cajas, y desaparecieron en un momento tesoros, diversiones, entretenimientos y cuanto el desgraciado se prometia. Murió en la pobreza y en la desesperacion. Aquí están las cenizas...; pero basta, pues jamás concluiríamos. ¡Qué leccion tan elocuente nos ha dado el cementerio general! Salgamos de ese lugar de tristeza y melancolía, y entremos en los deliciosos salones para dar expansion al corazon oprimido. Pero, señores, por todas partes que vayamos encontramos que con un lenguaje elocuente y severo nos anuncian la misma verdad todos los objetos. Entrad tambien conmigo, y decidme lo que ha pasado en esos recintos del placer, y si acaso no os atreveis, porque la vergüenza ó el dolor os lo impiden, yo lo preguntaré á esos mármoles, en cuya tersa faz resonó tantas veces la

melodiosa armonía de las cítaras, ó á esos tapices sobre que hicísteis gala de vuestro pié ligero para la danza, ó á esos espejos en que se representó tantas veces vuestro lujo y desenvoltura; sí, les pregunto, y todos me responden con una historia lastimera que hiende mi corazon: aquí, me dicen, aquí fué donde esperaban á aquella jóven elegante cien y cien adoradores; entró, fué recibida con aplausos, hizo alarde de sus gracias; mas ¡qué infelicidad! apenas diera su primer paso en el mundo, fué alevosamente acometida por la fiebre, y de aquí fué trasladada al lecho, y del lecho al sepulcro. Aquí fué tambien donde aquel jóven quiso rivalizar con los talentos de un competidor, y en lo fogoso de la discusion salieron al campo, y de allí ambos fueran llevados al sepulcro. Aquí ha sido el origen de aquella fiebre que devoró á unos, de aquella tisis que diezmó la ciudad, de aquellos excesos que han arruinado á las familias; aquí fué donde se danzaba, se galanteaba y se divertia sin reserva, cuando repentinamente soplaron los aquilones, tembló la tierra, fulminaron rayos las nubes, cayeron aguas á torrentes, y la morada del gozo se convirtió en habitacion de llanto y de dolor.

¿No es ésta, señores, la fiel historia de lo que pasa cada dia? ¿No estamos derramando á cada paso lágrimas de dolor sobre nuestros amados jóvenes que son diezmados en la flor de sus años por entregarse á las diversiones y placeres sin prudencia ni reserva? ¿No hay muchas familias cubiertas de luto por aquella hija y por aquella madre que salieran del sarao agitadas, y fueran víctimas de la muerte al poco de haber abandonado la dorada mansion de los placeres? ¿No os acordais de aquella noche triste en que Dios mandó á los vientos que se soltasen para que supiésemos que aún nos puede aniquilar, noche horrenda en que alzásteis al cielo aquellas mismas manos que poco ántes estaban ocupadas en vanidades y locuras? Sí;